

de Damayantia, guerreros todos que han peleado en cien combates y que vivirán más de cien años. Entre todos se distingue Nala, como los cedros en los riscos y como las palmeras en los valles. Pero Nala tiene á su alrededor seis como él, con su misma figura, su mismo rostro y su mismo traje. Imposible saber, pues, cuál sea el verdadero Nala. ¡Desdichada joven! Irá con el corazón rebosante de amor, los ojos despidiendo fuego, y al querer elegir á su esposo, al único á quien ha preferido en la vida, encontraráse con que habiendo muchos otros iguales é idénticos no podrá de ninguna manera distinguirlo y conocerlo. ¿Quién sabe si en vez de elegir á Nala elegirá un dios enemigo de Nala que ha tomado su forma? La grande asamblea está conmovida esperando la indispensable aparición de aquella virgen que reina como soberana en todos los corazones.

✕ En efecto, llegó tan hermosa como la gloria que baja sobre la frente del guerrero, como la diosa que sube al empíreo, como un rayo de luna que ríela en el mar, como un ara para los sacrificios apercebida, como un lago cubierto de lotos, como un río corriendo entre florestas, como una noche cargada de astros. Su frente resplandece con la lumbré de una idea. Las negras trenzas, cayendo sobre sus desnudas espaldas, aumentan el blancor de aquellas

carnes. Las joyas le sirven como el follaje á la flor. Apoyada en su padre, que lleva una tiara de pedrería, y seguida de sus ninfas, no parece la corte aquella suya viva y real, parece una de las constelaciones del cielo. Sordo rumor de admiración se levanta cuando entra deslumbradora. Tras el rumor suena deliciosa música, y apoyado en la música un coro de mil voces. Despréndese la joven del brazo de su padre y se pasea en torno de la muchedumbre con el rostro afanosísimo que ilumina el rubor y la mirada en tierra. Los príncipes tiemblan, pues todos á una quisieran ser los escogidos. Y ella los contempla con el interés y la fijeza de quien debe librar á una elección toda la ventura de su vida y todo el regocijo de su alma. Pero ¡ah! que hay seis príncipes, todo sellos revestidos con la forma de Nala. Damayantia llega frente á ellos, y conforme va llegando, muestra que allí, en aquel sitio, está fija su elección. Mas de pronto se suspende y duda con un gesto tal de maravilla y extrañeza, que no admite definición en el humano lenguaje ni hay término alguno con qué compararlo. A la extrañeza natural sigue intensa desesperación, y esta desesperación se revela con gritos semejantes á los del náufrago en el mar ó á los del infeliz sorprendido por un incendio á quien las llamas circundan y amenazan. Mientras ella se queja de tal suerte, ríense los dioses to-

dos en las alturas invisibles muy á su sabor del manifesto engaño. Los seis Nalas allí reunidos ponen gesto idéntico y tienen idéntica postura. Imposible, por tanto, averiguar cuál de todos ellos era el verdadero Nala.

La joven había fijado su elección, como fijara su pensamiento. No quería las perlas ofrecidas por tantos príncipes de las regiones indias; no las quería. Los tesoros del mundo, sumados unos á otros, no sumaban cosa para su sentimiento y para su amor. Lo que deseaba era una correspondencia entre su afecto y el afecto de su elegido. Ni la juventud, ni la riqueza de muchos competidores le importaban. Lo que le importaba era la felicidad interior de su corazón. Y bien pronto echó de ver que los dioses, por atormentar á su amado y á ella engañarla, se habían ceñido la forma misma de su predilecto. ¿Cómo conocerle, cómo elegirle? Arriesgándose á la elección, podría sucederle optar por el indiferente y prescindir del preferido. Damayantia no tuvo más remedio sino apelar al recurso propio de los mortales cuando á los inmortales se dirigen, apelar al recurso del ruego en forma de plegaria ú oración. Efectivamente, aquellos que tenían todos los seres ¿para qué necesitaban de una pobre mujer? Mientras las cataratas que forman el Ganges con el Indo se despeñaban bramando á sus piés,

iban ellos presurosos tras humilde gota de rocío. Un amor desdichado en la tierra parecíale preferible á un amor satisfecho en el cielo, porque aquel primero estaría en consonancia con su naturaleza y en disonancia de su naturaleza el segundo. Como no quería un amor ínfimo y desproporcionado con su sér por lo bajo y sincero, tampoco quería un amor divino y en desproporción extrema con su íntimo sér y con la complexión de este sér. Y movida por todas estas reflexiones insistía en todos sus ruegos. Mas los dioses permanecían mudos. En tal estado recurrió la joven á su instinto de mujer, y la salvó este instinto. Cansada de preguntar y obtener siempre la misma respuesta, decidióse por elegir á uno entre los que tenían igual forma. Y para no engañarse, resolvió entrar con su atención en el fondo inmenso de aquellas sus miradas, cual entran los buzos en el fondo inmenso de los mares. Y, efectivamente, no podía marrar esta observación. Por mucho que un inmortal quisiese fingirse mortal no estaba, no, capacitado para llegar hasta lo que constituye la quinta esencia de nuestra mortalidad, hasta llegar á lo que hay de más profundamente humano en nosotros, hasta llegar al dolor. Poco se necesita mirar para no ver en qué ojos ha vivido y en qué ojos no ha vivido el dolor. La mirada serena de los dioses parécese á ciertos cielos del plane-

ta, pues como éstos en algunos puntos nunca pudieron producir una gota de lluvia, tampoco aquéllos pudieron producir la gota de una lágrima.

Así es que, mirando y remirando la joven el fondo inmenso de aquellas retinas, encontró las dos únicas que habían visto pasar por sus cristales el humano dolor. Atisbándolo, sorprendiéndolo, conoció quién ¡ay!, entre todos aquellos idénticos seres, pertenecía de suyo á la divina especie y quién á la especie humana. Sabedora de tal diferencia y distinción, bien pronto llegó á distinguir el Nala verdadero de los Nalas falsos. Y echándose con resolución en sus brazos, dióle con amor el dulcísimo nombre de su esposo. Al verla dotada por ellos mismos de tanto acierto y de tan soberana ciencia, los dioses volvieron á su antigua forma. La astucia femenil venció á la sabiduría divina. Corridos, tornaron á sus respectivos propios organismos. Cada cual volvióse á su pristino sér. Ganesa tomó sus dos rostros y miró á las dos corrientes del tiempo. Surya subió á su carro de fuego y azotó á sus siete caballos verdes. Indra se tendió en sus nubes y se fué por las alturas. Madeva empuñó su tridente y se entró por las grutas oceánicas. Todos volvieron á comer aquella natural ambrosía que sostiene siempre jóvenes sus cuerpos y encendida su sangre, tanto más de gustar cuanto que había costado una

guerra divina. Pero entre los dioses indios, como entre los dioses griegos, llamábase á la venganza un divino placer. Y viéndose burlados por los humanos resolvieron de los humanos vengarse. Así demandaron á Vichnú que remitiese la más venenosa de sus serpientes á vomitar veneno en el amplio tálamo donde iban á dormir Nala y Damayantia. Esto urgía tanto más cuanto que comenzaban los aprestos para la boda. Ya los genealogistas de ambas cortes habían entroncado sus ascendencias respectivas. Ya los vasallos de una y otro habían convenido en tenerlos igualmente por monarcas en su reino. Sus criados habían apercibido las gordas vacas ceñidas de verde hiedra. Las rojas pieles de éstas lucían como el ocaso, y sus blancas tetas no podían retener la leche como no pueden retener el agua las nubes condensadas por las evaporaciones del Ganges y del Indo. Ya Nala y Damayantia, ricamente vestidos y tomados de las diestras, ruedan en torno del fuego sacro mirándose con éxtasis cual se miran dos rusesños sobre su recién formado nido. Los brahmanes elevan cánticos de bendición, las arpas acordes de armonía, mientras las ninfas de los bosques arrojan sobre sus cabezas granos benditos y flores aromosas. Así las horas no pasaban para ellos. La única frase que vibraba en sus labios era esta frase: «te amo.» Todo el aire que

les circuía estaba impregnado de suspiros. Diríase que no podían por el mundo andar, sino apoyados los dos uno en otro. Tal felicidad encelaba más y más á los inmortales. Y para desahogar estos celos y hacer mucho mal á los infelices novios, arrojaron sobre su frente, sin que pudieran verla, una de las flechas prendidas á las escamas de la serpiente Vasugui, á fin de que tal flecha despertara en el corazón de Nala otras pasiones que no fueran la soberana y exclusiva pasión de Damayantia.

Durante los primeros días de la boda no hizo los terribles efectos naturales el veneno de la serpiente ingerido en la sangre de Nala por haberlo desparamado sobre su lecho los dioses. Los novios vivían felices en el período que nuestra lengua vulgar designa con el nombre de luna de miel. Del palacio pasaban al templo, del templo al jardín, del jardín volvían al palacio, siempre solos, como si hubieran mutuamente olvidado el mundo entero y la humanidad toda para encerrarse dentro del egoísmo de su amor. Hasta el deseo, que parece compañero inseparable de la vida, se había en ellos dormido y no levantaba sus aspiraciones inquietas por ningún resquicio, ni del corazón, ni del pensamiento. Flor y rocío, avecilla en celo y nido en calor, onda y playa, árbol y savia, tronco y hiedra, esto eran Nala y Damayantia en los primeros días

de su mutuo amor. Pero ¡ah! que vino pronto el embote de la pasión, por eficacia del veneno cuya sustancia se mezcló con la insensibilidad producida en todos por la costumbre ó hábito. Nala se dolía interiormente de tal estado de su ánimo, pero no daba con medio ninguno de mejorarlo. ¿Cómo no le causaba Damayantia los efectos de antes? Volvíase con el recuerdo á los días en que el rayo de su mirada, el crujir de su vestido, el aparecer de su sombra, le daban escalofríos de sublime amor y le transportaban á un mundo superior de verdaderas delicias. Y quería volver á tal estado, sin conseguirlo. Aun admiraba la belleza de aquella mujer incomparable, sí, pero como podemos admirar una estatua. El antiguo respeto, el antiguo culto, la consideración á su persona quedaban, pero no el ardor antiguo, no la exaltación delirante. Natural que la posesión trajese la calma, pero no que la posesión trajese la indiferencia. Y habíala traído. Nala no pensaba en separarse de su esposa, pero tampoco en idolatrarla como la idolatró durante la risueña y feliz aurora de su amor. En cambio Damayantia estaba cada vez más poseída de su pasión. Y apenas la infeliz notaba el cambio de su amante, más interno que externo, pues aun le quedaban fuerzas, aunque pocas, para salvar las apariencias y fingir alguna pasión. Estas mudanzas

diarias, que recorren sus líneas de puntos en el espacio y sus líneas de minutos en el tiempo, apenas se conocen por aquellos mismos que las sienten. Para conocer una total renovación, se necesita mirar desde lejanas perspectivas y desde términos distantes. Un día notó la mujer que su marido bostezaba de hastío, y como el cielo propicio le concediera un bondadoso natural, comprendió que no podía pasar la vida en éxtasis de amor y que necesitaba otras ocupaciones, y le conjuró para que pudiese distraerse con algún honesto pasatiempo. No lo dejó él decir dos veces. Y apenas se había conformado Damayantia con que diese algún tiempo á otras ocupaciones que no fueran su amor, las buscó y las encontró naturalmente. Allá por otros días el odio de la guerra hubiese ocupado la terrible actividad que no se saciaba con las satisfacciones del amor. Pero en paz todas las comarcas por razón de su mismo matrimonio, el guerrero Nala no tenía ocupación posible allí donde obedecer constituía un hábito tal que no daba encanto ninguno al derecho de mandar. Nala pidió permiso á Damayantia para divertir los ocios naturales á su vida en algún entretenimiento que lo libertase del hastío, y Damayantia consintió sin vacilación, pero con dolor. Y se fué su marido al juego. Una gran muchedumbre de jóvenes aristócratas jugaba, y no

se satisfacía con ejercitar tal pasión; la comentaba en comentarios tan perversos como el vicio mismo. Según ellos, la vida humana resulta un juego perpetuo. El destino de los hombres se resuelve por combinaciones de astros, que ruedan sobre los espacios como pueden jugar los dados sobre los tableros. Si el aire juega con las plantas, el mar con las arenas, el Criador con los mundos, ¿por qué no ha de jugar el hombre á los dados?

Nala creyó, como aquellos atolondrados jóvenes, que su vida necesitaba para ser placentera y alegre del juego como de una indispensable ocupación. Un arroyo se vuelve turbio, un astro eclipsado. ¿Qué mucho si una vida se puede volver viciosa? El ser siempre resultará vario y múltiple. Por consecuencia, el corazón y el pensamiento necesitarán de varias y múltiples emociones, de varias y múltiples ideas. En parte alguna se halla la rica variedad del juego, y Nala jugaba con el pretexto, decía, de arrojarse ó enloquecerse. Ignorando los jóvenes cómo le perseguía el celo de los dioses, extrañaban mucho aquel vértigo de perdición increíble. ¡Un príncipe feliz y amado jugando! Aunque, precavidos y corteses, usaran los compañeros moderado lenguaje, á la postre dijeron lo conveniente para que cayese Nala en la cuenta de lo mal que su conducta parecía en el juego aun á los mismos en ella

cooparticipes. Nala respondía con prontitud á sus observaciones hablando sin rebozo de lo mucho que le gustaba el juego, cuyo gusto ignoraban las gentes á causa de lo muy poco que lo ejerciera en otros tiempos y en otras ocasiones. El ruido de los dados, la mirada curiosa de los jugadores, los sentimientos que se cruzan por todas partes, el temor y la alegría que subsiguen á los caprichos de la suerte y á los golpes de la fortuna, suspenden mucho el ánimo, interesándolo en sus bruscas alternativas. Por esta razón prefería Nala el juego á todos los demás entretenimientos en aquella hora de procelosa inquietud interior, traída por la saciedad completa de su corazón. Y jugó todo el oro que llevaba en el amplio bolsón. Lo jugó, y lo perdió. «¡Mala suerte!,» dijo. Y continuó jugando. Pero como hubiese perdido todo su oro, necesitó arriesgar cualquier otra riqueza. Y jugó todo cuanto le había dado su padre contra todos los patrimonios de aquellos jugadores que allí había. Y lo perdió. «Pues juego, dijo, mi palacio y sus jardines.» Los perdió. Después jugó las armas suyas, y las perdió; las alhajas suyas, y las perdió; el ajuar suyo, y lo perdió. Tras esto, no sabiendo qué jugar, jugó las joyas de su mujer. Y las perdió también. Los jugadores llegaron á decirle, con esa insolencia propia de los garitos, que se jugara la mujer. Pero él contestóles

imponiéndoles silencio y asegurándoles cómo palacio, jardín, propiedades, joyas, todo les sería entregado fielmente. Y se volvió despavorido á su casa y sin acertar á saber lo que había pasado por él en un vértigo del que saliera completamente otro, pobre y desnudo como á la hora, bien de su nacimiento, bien de su muerte.

Durante la triste ausencia de Nala en el juego, Damayantia se había entretenido en adornarse para esperar y recibir á su esposo. Sin saber que aquellas riquezas no le pertenecían ya, vistió su manto celeste sembrado con estrellas de plata, sus brazaletes de oro parecidos á luminosas serpientes, sus perlas cogidas en los más hermosos nácares, las esmeraldas que daban á sus sandalias el precio y el valor de dos reinos, el cinturón de rubíes que resaltaba sobre su túnica de lino como el arbol de un ocaso deslumbrador sobre las aguas lechosas de un mar sereno. Al llegar Nala encontróla en este trabajo de adornarse para divertirla y agradarle. Al verla, sintióse deslumbrado por su hermosura propia y por la hermosura que le prestaba su adorno, cual si aquella fuese la noche misma de su boda. Pero una vez repuesto de tan lógica y natural impresión, al acordar que todas aquellas riquezas ni le pertenecían á él ya, ni pertenecían á su mujer, sintióse golpeado y herido por un dolor sin igual.



Así es que medio loco, en desordenadas frases, seguidas por gestos más desordenados todavía, dijóle que dejara las perlas, que se desciera de los corales, que se despojara pronto de su túnica y que arrancara de sus sienes la diadema, porque nada era ya suyo. Y añadió cómo todo lo había perdido al juego, la tierra donde sus predecesores dormían, la casa en que lo engendraran sus padres, el nido amoroso en que nació, las armas esgrimidas en cien victorias, el cetro de oro, la tiara de diamantes, hasta el traje que vestían, pues de haber podido se jugara la sangre de sus venas y el aire que respiraba su pecho.

Damayantia le dijo cómo no le importaba que se jugase todas aquellas riquezas con tal de que conservara suyo el corazón. El amor privaba para ella; lo demás le parecía baladí. Pronto se arrancó sus joyas, pues ningún diamante le gustaba cual una lágrima de su predilecto. En vano les arrancarían el palacio; para ellos dos bastaba con humilde gruta. Las palomas sólo necesitan un nido en una rama, y menos habían de necesitar ellos. Quien viste á las plantas los vestirá, quien alimenta en el bosque á los míseros reptiles mejor alimentaría y más pródigo á los amantes. La joven prometió seguir á su esposo por montes y por valles, desafiando todas las inclemencias del aire. La muerte

misma les debía parecer agradable con tal de que muriesen juntos. Nala no podía conformarse con que sus vicios hubieran precipitado á Damayantia, tan virtuosa, en el seno de los bosques. Estos tenían en el sanscrito antiguo una sinonimia nefasta, que significaba la suma de numerosos males. Pasar de los palacios á las selvas era, en sentir de Nala, cosa más para dicha en la exaltación de un amor que para hecha en las prácticas y realidades múltiples de una ordinaria existencia. Desesperábale una consideración terrible: la consideración de volver desde una vida culta y feliz á una vida salvaje y bravía. ¿En qué madriguera podrían penetrar donde no les aguardase un tigre? ¿Por qué soledad podrían ir que no estuviese poblada de animales dañinos? Por la noche ¡qué frío! Por el día ¡qué calor! El hambre y la sed, con todos sus afares, los azotarían á la continua. Levantarían los escorpiones sus áspides entre las hojas para envenenarles con su ponzoña las plantas. Las serpientes, enroscadas á los árboles, chasquearían las colas para herir sus rostros. Las zarzas entrelazadas, los abrojos punzantes, los árboles sobrecargados con el peso de sus parásitas, las sábanas de arenas candentes, los lagos corrompidos, los lodazales inmunidos harían de aquellos dos jóvenes como dos esqueletos de los dejados por las inclemencias del

aire y por los furros del cielo en las encrucijadas del camino. Damayantía le respondió que, unida con él ante los cielos, debía seguir su fortuna y acompañarle á todas partes. El juramento prestado ante la llama sacra del holocausto nupcial, ese juramento dicho con tanta solemnidad, no podía revocarse. De ser Nala feliz, hubiérale acompañado en el trono; siendo infeliz, debía también acompañarle al destierro. Y no podían, ni las tormentas del mundo, ni los dolores del alma, oponerse á esta su decisión. «No busqué, decía Damayantía, tu poder ni tus tesoros al llamarte mi esposo; busqué tu corazón, y éste, ni lo has perdido en el juego ni ha de faltarme á mí en la inmensidad del desierto.»

Cuando acababa de pronunciar tales palabras la infeliz, entró la turba de jugadores en el palacio, requiriendo y reclamando todo aquello que les pertenecía. Los abanicos de cisne, los mantos de seda celeste, los vestidos de amarillas gasas, las diademas de perlas, las sandalias de oro, los collares de esmeraldas, todo les cuadraba. Los muros purpúreos, las torres parecidas á montañas, los arcos de marfil y oro, los vasos de ámbar aromados y rebosantes, todo, todo era suyo y todo lo reclamaban. Damayantía se quitó sin vacilar desde sus sandalias hasta sus diademas, entregándolas á los que habían ganado todas aquellas riquezas en grandes porfías

con su esposo. Dejó, pues, su aposento incrustado de corales, las ventanas cubiertas de lapislázuli por donde se asomaba con orgullo al pueblo, las mace-tas de cristal en que ponía sus flores, los reclinato-rios de marfil donde se arrodillaba para interceder con Indra, los tapices de mil colores en que se ha-llaban bordadas de realce las leyendas referentes á sus dominios, las mil jaulas de oro desde cuyos cen-tros la saludaban mil parleras avecillas, el tálamo de bambú en que recibió el primer beso de amor, las lámparas vaciadas en piedras preciosas y que despedían por la noche dentro de las alcobas y en-tre las celosías una luz tan suave como la luz de la luna. Llevaron los jugadores tan lejos el acapara-miento, que no les consintieron en aquel trance ni guardar siquiera sus vestidos. Quisieron echarlos desnudos á la calle. Los infelices esposos pidieron que les permitiesen guardar aquellas vestimentas, pero no quisieron tolerarlo, y tras muchas súplicas les mandaron que salieran vestidos mientras en la población se hallaran y temieran la vergüenza de su desnudez; pero que ya fuera, en el campo, deja-sen sus vestiduras colgadas en los sauces del ca-mino.

Los dos esposos ¡ay! se perdieron en el desierto, donde la naturaleza toda parecía sublevada contra ellos. La inmensa fecundidad y riqueza de aquel